

La ejemplaridad en la política, un desafío de Ortega y Gasset para el siglo XXI

Juan Manuel Monfort Prades

ORCID: 0000-0003-1381-3687

Resumen

La ejemplaridad en el mundo de la política se ha convertido, a principios del siglo XXI, en un desafío para la sociedad española en particular y europea en general. En pocos años se cumplirá el centenario de la publicación de *España invertebrada* por parte de Ortega, libro que dedicó en parte a esta cuestión. El artículo que se presenta a continuación pretende, partiendo de esta obra y recorriendo otras de parecido carácter, acercar al lector a una teoría de la ejemplaridad política inspirada en las figuras morales que el filósofo madrileño presenta.

Palabras clave

Ortega y Gasset, ejemplaridad, política, ética, vida, masas

Abstract

Exemplariness in politics has become at the beginning of the 21st century a big challenge for the Spanish and European society. In a few years, the 100th anniversary of *España invertebrada* will be celebrated, an essay partly focused on this topic. This paper takes into account this book and some other writings about politics or ethics and tries to show the reader an introduction to a theory of exemplariness inspired on Ortega's moral figures.

Keywords

Ortega y Gasset, exemplariness, politics, ethics, life, masses

Es bien conocido que la corrupción en la política es uno de los problemas más destacados por los españoles en los últimos años. Los ciudadanos han esperado siempre grandes cosas de los políticos elegidos en las urnas, pero parece que ahora la confianza en los mismos se ha quebrado significativamente.

España siempre fue para Ortega una de sus grandes preocupaciones¹, de la misma forma que también lo es en la actualidad para muchos de sus ciudadanos. Si hay un trabajo del madrileño que sea representativo de dicha inquietud es, sin duda, *España invertebrada*, la cual cumplirá, en pocos años, su cente-

¹ En cierta ocasión afirmó Lolita Franco sobre Ortega que es “el hombre que ha dedicado su vida entera a la preocupación por España, que ha puesto al servicio de ella su poderoso talento, su genialidad filosófica, sus maravillosas dotes literarias, un rigor intelectual y una precisión verbal nuevos en nuestras letras”. En D. FRANCO, *España como preocupación*. Barcelona: Argos Vergara, 1980, p. 383.

Cómo citar este artículo:

Monfort Prades, J. M. (2016). La ejemplaridad en la política, un desafío de Ortega y Gasset para el siglo XXI. *Revista de Estudios Orteguianos*, (33), 133-157.
<https://doi.org/10.63487/reo.316>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 33. 2016
noviembre-abril



nario. En ella el filósofo madrileño analiza la situación de España en los años veinte del siglo pasado y se enfrenta a dos graves problemas que en la actualidad no son ajenos a la ciudadanía: el separatismo y la crisis moral de España. Dos problemas que Ortega no trata por separado, ya que, en su opinión, el primero no es más que la consecuencia del segundo.

¿Podemos todavía leer la obra de Ortega casi cien años después y encontrar en ella directrices útiles para los tiempos que corren? ¿En qué medida es significativa para la actualidad española? En las siguientes páginas no se pretende más que seguir pensando con Ortega la realidad de España y su problemática, de manera que, más allá de todo conformismo, sigamos con él preguntándonos cómo se puede revitalizar hoy en día la política española. Con él y desde él se intentará ofrecer una imagen del político ejemplar adecuada a la altura de los tiempos.

Hace casi veinte años, se publicó un pequeño libro fruto de un Congreso sobre *España invertebrada* en cuya presentación, M^a. Teresa López de la Vieja, editora del mismo, se preguntaba cómo leer esta obra a finales del siglo XX. Parecía interesante distinguir, por una parte, el diagnóstico que Ortega planteaba y, por otra, la solución². Si bien el diagnóstico estaba entonces todavía de actualidad, igual que lo está en este momento, parece que la solución que Ortega presenta en los años veinte no se veía con buenos ojos en 1995.

La propuesta de este breve ensayo es recuperar uno de los aspectos que Ortega considera indiscutibles como solución a la crisis política de su tiempo: la ejemplaridad. Ésta es una de las claves de *España invertebrada* que, si se lee intentándola adaptar a los tiempos que corren, puede convertir el trabajo de Ortega en una lectura indispensable no sólo para los políticos, sino para todos los ciudadanos del siglo XXI.

A modo de síntesis, los temas que van a tratarse a continuación son los siguientes: en primer lugar, se presentará de forma esquemática el contenido de *España invertebrada* como marco de las reflexiones posteriores; en un segundo momento, se meditará en torno a unas ideas directrices para profundizar la propuesta orteguiana de ejemplaridad; por último, se procurará llevar las ideas de Ortega al contexto social y político actual.

1. Ideas principales de *España invertebrada*

Escribe Ortega *España invertebrada* para hacer frente a una grave enfermedad que España sufría en la primera mitad del siglo XX, una crisis cultural y

² Ver M. T. LÓPEZ DE LA VIEJA (ed.), *Política de la vitalidad. España invertebrada de José Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos, 1996, pp. 9-14.

política. El país estaba amenazado por particularismos separatistas que ponían en peligro la unidad nacional y ello provocó la reacción del filósofo. ¿Cuáles son las ideas principales de este trabajo de Ortega?

Un proyecto común como origen de la unidad nacional

Los estados se forman por incorporación de territorios, ahora bien, debe haber una energía que propicie y sostenga dicha unión territorial, esta energía es un proyecto común. Las naciones se forman y viven de tener un programa para el mañana. ¿Cómo se mantiene en el tiempo? Ante los intereses particulares, caprichos y vilezas que pueden destruir un proyecto común, tenemos en primer lugar la capacidad de razonar y también el recurso de la fuerza si fuera preciso. España se construyó por un proceso de incorporación a Castilla que finalizó con Felipe II, no siempre ha sido una masa homogénea. Los españoles nos juntamos para emprender muchas faenas de gran velamen y Castilla es el centro al que se va encajando la periferia. La idea de grandes cosas por hacer engendra la unidad nacional. ¿Por qué hay ahora separatismos? Se pregunta Ortega. O mejor deberíamos preguntar: ¿qué proyecto tiene la España que Ortega analiza?

El problema regional no es más que un reflejo de un problema social más profundo

El poder público no ha renovado las ideas vitales, los proyectos unitivos, más bien los ha destruido bajo intereses privados. No se puede vivir de las resonancias del pasado. España se va deshaciendo, se quiebra, eso es lo nuclear y no tanto la defensa de una lengua o unas costumbres. Pero ¿es el problema regional el gran problema de España? Sin duda alguna, para Ortega no es más que el reflejo de un problema más profundo: la división social. Hay una división entre grupos, clases, gremios, etc. que rompe la convivencia. Tales grupos no quieren saber nada de los otros, son compartimentos estancos. Desde su particularismo entienden que ningún otro grupo merece existir, no tienen la necesidad de contar con nadie.

El particularismo significa no querer contar con nadie y practicar la acción directa

Una nación es una ingente comunidad de grupos e individuos donde unos cuentan con otros, en ella cuando un grupo quiere algo para sí, intenta obtenerlo de acuerdo con los demás, a través de la voluntad general, convenciendo al prójimo. Pero el particularismo provoca que ese ejercicio haga sentir humillación, los otros son nadie y aparece la repugnancia y el desprecio hacia el

otro. De ahí el deseo de cada grupo social de imponer su voluntad, la acción directa. Si queremos que España se consolide, debe contarse con los demás, aunar fuerzas, la insolidaridad muestra que cualquiera tiene fuerza para deshacer, pero no para construir. Debemos recoger todas las energías sueltas de España y unir las como una sola soga.

La relación entre los “grandes hombres” y las masas como fuente de proyectos comunes

¿Quién crea los proyectos comunes capaces de unir a los pueblos? Los “grandes hombres”, responde Ortega. ¿Son éstos más inteligentes? Un hombre no es nunca eficaz por sus cualidades individuales, sino por la energía social que la masa ha depositado en él. Sus talentos personales fueron sólo el motivo para convertirlos en mitos colectivos. El entusiasmo de las masas no depende del valer de los hombres directores, sino que depende de la cantidad de entusiasmo que tenga la masa. El problema entonces para Ortega no es pues que no haya grandes hombres, sino la desaparición de las masas.

En las horas de historia ascendente, la masa proyecta en personas elegidas el entusiasmo vital. En épocas decadentes, cuando una nación se desmorona por el particularismo, las masas no quieren ser masa, cada miembro de ellas piensa que es personalidad directora y descarga sobre quien sobresale su odio y envidia.

La invertebración de España como resultado de una deserción de las masas y una ausencia de ejemplaridad pública

Una nación es una masa humana organizada por una minoría de individuos selectos. En toda nación hay una minoría que ejerce una acción sobre una masa (podría decirse que esto es una ley sociológica). Cuando la masa no quiere ser masa, es decir, no quiere seguir a la minoría selecta, la nación se desmiembra, queda desvertebrada, así entiende Ortega que España está invertebrada. El problema de fondo es que el hecho primario social es la organización en dirigidos y directores y esto supone en unos cierta capacidad para mandar y en otros cierta capacidad para dejarse dirigir. No hay sociedad si no hay minoría selecta y una masa que acepte su influjo. Lo que sugiere un problema a dos bandas: por una parte, la minoría se caracteriza por su inmoralidad pública; por otra, la masa se caracteriza por su insubordinación contra toda minoría y no sólo en la política, sino en todos los ámbitos sociales (el público se cree superior a los dramaturgos).

España se arrastra invertebrada no ya en su política, sino en la convivencia social misma. Triunfan en el ambiente colectivo las opiniones de la masa, siempre inconexas, desacertadas, pueriles.

La historia es cíclica y a una época de dominio de las masas sigue otra de docilidad, ahora bien el problema supera las fronteras de lo político, afecta a todas las formas de relación interindividual

Hay épocas de decadencia en las que la minoría directora ha perdido sus cualidades de excelencia y contra ella se rebela la masa justamente, pero en lugar de colocar a otros hombres ilustres, tiende a eliminar todo intento aristocrático. Se cree que puede haber existencia social sin minoría excelente y ello agrava su decadencia. Ante el fracaso y el dolor de esta situación, la masa hace un ejercicio de humildad y reconoce de nuevo la necesidad de la intervención de unas élites. Se cierra un ciclo y comienza otro. Cuidado con entender las ideas de aristocracia y masa sólo en sentido político, deben referirse a todas las formas de relación interindividual y actúan en todos los puntos de la coexistencia humana. Cuando el problema se ve en política, es porque ya ha recorrido todo el cuerpo social.

La clave de la vida social está en entusiasmarse con lo óptimo

Para comprender el problema debemos fijarnos en lo que la sociedad es, partir de su realidad. Veamos qué significa la acción recíproca entre masa y minoría selecta, que es, el hecho básico de toda sociedad y el agente de su evolución tanto hacia el bien como hacia el mal. Ante un gesto gracioso o elevado, las personas tienden a la imitación, no es cuestión de mimetizarse, sino que buscamos reformar nuestra esencia según la pauta admirada. Sentimos la ejemplaridad de uno y la docilidad ante su ejemplo. Éste es el elemento creador de toda sociedad: la ejemplaridad de unos pocos se articula en docilidad de otros muchos, el ejemplo cunde y los inferiores se perfeccionan en el sentido de los mejores. Esta capacidad de entusiasmarse con lo óptimo es la función psíquica que el hombre añade al animal y dota de progresividad a nuestra especie. La sociedad es un aparato de perfeccionamiento. Si durante generaciones faltan hombres ejemplares que sirvan de norma al resto, con el tiempo la masa tiende a pensar con menos rigor y sus ideas menguarán y llegará la degeneración intelectual. Es necesario que en todo pueblo existan siempre individuos dotados de ejemplaridad para realizar todo tipo de funciones sociales. La realidad española está marcada por un paisaje saturado de indocilidad y sobremanera exento de ejemplaridad. El dato que mejor define a una sociedad es el perfil de los modelos que elige y España destaca por un odio a los mejores.

La regeneración debe comenzar no tanto por cambios políticos como por un cambio moral generalizado, una revitalización de la sociedad a todos los niveles

¿Cómo recuperarnos? ¿Tendremos voluntad para ello? La raíz de la descomposición nacional está en el alma misma del pueblo español, depende de cuáles sean sus sentimientos radicales y las propensiones afectivas de su carácter. En lugar de mejorar con cada generación aspirando hacia los ejemplares, el hombre español se ha vuelto más tosco, menos alerta, se ha desvitalizado (carece de creatividad). Estas masas una vez rebeladas contra las minorías no oyen ya ningún consejo. Ahora es preciso que fracasen del todo para que se dé un cambio de ciclo y comience a desarrollarse un amor a los hombres egregios. ¿Han llegado al colapso las masas españolas? Síntomas muy débiles pueden apreciarse, pero éstos no dan aún grandes esperanzas. Los cambios políticos no tendrán efectos si no hay cambios morales profundos en el hombre medio. Ahora bien, Ortega apuesta porque las condiciones para mejorar no son malas. Para cambiar la política, es necesario primero que la masa se sienta masa en los órdenes más cotidianos de la vida, en cómo se afrontan las situaciones habituales y vulgares. Urge remontar la tonalidad ambiente de las conversaciones, del trato social y de las costumbres. Si la historia de España se caracteriza por la carencia de minorías egregias y el imperio de las masas, de ahora en adelante debiera caracterizarse por un imperativo de selección, hay que forjar un nuevo tipo de hombre español.

2. Ideas para una ejemplaridad política

Esta exposición de las claves del trabajo de Ortega tiene la función de hacer presente el carácter eminentemente moral de su análisis. Apuesta Ortega por una revitalización a gran escala de la vida española, desde las relaciones interpersonales más comunes a los ámbitos políticos internacionales. En la actualidad, no puede negarse que sólo podrá alcanzarse una vida pública ejemplar si se da una renovación moral de todos los ciudadanos³, la cual debería tener como objetivo potenciar el esfuerzo personal por un lado y, por otro, la humildad para reconocer lo que de bueno tienen los que nos rodean.

³ En su artículo "Ideología y mito en *España invertebrada*", Pedro Cerezo insiste en este aspecto, de ahí que indique que el objetivo de Ortega es activar la confianza del enfermo en su capacidad regenerativa. De la misma forma, en la actualidad, se puede decir que España tiene un grave problema político, pero éste no es más que el reflejo de un problema social. Ver M. T. LÓPEZ DE LA VIEJA (ed.), *Política de la vitalidad. España invertebrada de José Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos, 1996, p. 118.

El análisis del filósofo de la Escuela de Madrid ha dividido el problema de España en tres vertientes: el problema de la minoría (ausencia de ejemplaridad), el problema de la masa (falta de humildad y confianza) y el de la acción de una sobre otra. Detengámonos en el problema de la minoría, pues éste no es otro que el de la ejemplaridad, la cual se convierte en la respuesta a la cuestión de la relación masa-minoría. A la vez se desvelarán indirectamente las carencias que presenta la masa.

Poco después de *España invertebrada*, escribió Ortega “No ser hombre ejemplar”, un pequeño artículo en el que precisaba algunas ideas sobre la ejemplaridad. En él nos recuerda que su teoría del origen de la sociedad está basada en el instinto de adhesión que la excelencia de un individuo provoca en los demás, una especie de instinto social que se concreta en un cierto impulso a la docilidad que unos hombres sienten hacia otros en un sentido ejemplar. Especialmente destacable es la diferencia que establece entre una ejemplaridad auténtica y una ejemplaridad ficticia.

El verdadero hombre ejemplar no se propone serlo, se entrega a una actividad apasionadamente y sin él proponérselo resulta ejemplar para otros. No puede serlo si no es fecundo, si no es creador. El hombre ejemplar destaca por la altura moral, la cual es una cualidad deportiva. Sigue con rigor las normas de perfección pero no las idolatra, reconoce que estas valen simplemente como la meta para la carrera, lo importante es correr hacia ella.

El hombre falsamente ejemplar se propone directamente ser ejemplar. No le interesa labor alguna determinada, no le interesa su perfección. Lo único que le atrae es el efecto social de la ejemplaridad. No quiere ser nada (ni bueno, ni santo, ni cazador, etc.) sólo ejemplar. No crea nada bueno, ni sabio, ni positivo, ni valioso. Su propósito de ser ejemplar es inmoral.

La ejemplaridad auténtica es la que ciertamente nos interesa, pero no debemos confundirla, como afirma Sánchez Cámara, ni con un grupo social, ni con una minoría dominante⁴. ¿Cómo concretar las características del hombre ejemplar? ¿Cómo poder mostrar con más claridad su contenido? En primer lugar, no debemos confundir ejemplaridad con imitación, pues la ejemplaridad orteguiana es una fuente de inspiración para la acción personal. Nuestra existencia no debe ser un paradigma, sino un sesgado curso entre los modelos que a la vez nos aproxima a ellos y gentilmente los evita⁵.

⁴ I. SÁNCHEZ CÁMARA, *La teoría de la minoría selecta en el pensamiento de Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos, 1986, p. 219.

⁵ Por ello más que de ideales Ortega habla de arquetipos. Una notable reflexión sobre los arquetipos en la política puede verse en M. A. HERNÁNDEZ SAAVEDRA, “La política en su arquetipo. Los modelos ejemplares de España invertebrada”, en M. T. LÓPEZ DE LA VIEJA (ed.), *Política de la vitalidad. España invertebrada de José Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos, 1996, pp. 151-161.

Puesto que nos encontramos con un problema de índole moral, es preciso abordar este asunto teniendo en cuenta los planteamientos generales de la ética de Ortega. Ésta está presidida por el uso de figuras que permiten, siguiendo a José Lasaga, “tener un pie en lo concreto y sensible y otro en lo simbólico y conceptual”⁶. Dichos instrumentos son perfectos para expresar las inquietudes del madrileño de forma armonizada con el resto de su pensamiento. A mi modo de ver, es posible concretar más las cualidades del hombre ejemplar si tenemos en cuenta las figuras de hombre masa que Ortega desarrolla en *La rebelión de las masas*. Veamos rápidamente cada uno de ellos y, teniendo en cuenta otros trabajos como *Mirabeau o el político*, intentaremos concretar el contenido de la citada ejemplaridad, buscando la cara positiva de los modelos principales de hombre masa.

2.1. Ante la imagen del niño mimado se propone la del heredero responsable y solidario

El niño mimado es una de las imágenes predilectas de Ortega para tratar el hombre masa. Éste pide siempre lo que quiere cuando y donde quiere y el padre se lo proporciona. El niño mimado cree que no hay límites a su voluntad y no es capaz de tomar ningún otro punto de vista que no sea el suyo. Se caracteriza especialmente por la libre expansión de sus deseos vitales y la ingratitud hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Dice Ortega:

La criatura sometida a este régimen no tiene la experiencia de sus propios confines. A fuerza de evitarle toda presión en derredor, todo choque con otros seres, llega a creer efectivamente que sólo él existe, y se acostumbra a no contar con los demás, sobre todo a no contar con nadie como superior a él⁷.

Asume la cultura que recibe, pero no es capaz de hacerla crecer, simplemente la consume. Afirma el autor en esta línea:

las nuevas masas se encuentran con un paisaje lleno de posibilidades y además seguro, y todo ello presto, a su disposición, sin depender de su previo esfuerzo, como hallamos el sol en lo alto sin que nosotros lo hayamos subido al hombro. Ningún ser humano agradece a otro el aire que respira, porque el aire no ha sido fabricado por nadie: pertenece al conjunto de lo que “está ahí”, de lo que decimos “es natural”, porque no falta. Estas masas mimadas son lo bas-

⁶ J. LASAGA MEDINA, *Figuras de la vida buena*. Madrid: Enigma Editores, 2005, p. 12.

⁷ J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, en *Obras completas*. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2005, IV, p. 408. (Las *Obras completas* de Ortega y Gasset se citarán en adelante según esta edición, con tomo en romanos y número de página en arábigos).

tante poco inteligentes para creer que esa organización material y social, puesta a su disposición como el aire, es de su mismo origen, ya que tampoco falla, al parecer, y es casi tan perfecta como la natural⁸.

El niño mimado es el heredero que se comporta exclusivamente como heredero y ello implica que “está condenado a representar al otro, por tanto, a no ser ni el otro ni sí mismo. Su vida pierde, inexorablemente, autenticidad y se convierte en pura representación o ficción de otra vida. La sobra de medios que está obligado a manejar no le deja vivir su propio y personal destino, atrofia su vida”⁹. Sería un claro ejemplo del “prosaísmo” que Ortega detesta y que Marías nos recuerda en numerosos artículos¹⁰.

Si a esta figura de hombre masa le buscamos su reverso positivo para comprender mejor la ejemplaridad que Ortega reclama para la vida pública, podríamos utilizar aquella imagen del heredero que utilizó en diversas ocasiones, pero diremos que frente al mero heredero que representa el niño mimado, la persona ejemplar pasaría por ser un heredero responsable y solidario. Estos atributos implican, por una parte, que sabe reconocer el valor de lo que hereda y muestra gratitud por ello, por otra, que se siente interdependiente respecto al mundo que le rodea y especialmente respecto al resto de personas reconociéndose como una más y contando con todas.

2.2. Ante la imagen del primitivo rebelde o bárbaro se propone la del asceta abierto al mundo y a los demás

El primitivo es una persona que desconoce la historia¹¹ y su devenir, ese mismo desconocimiento le condena a repetir errores históricos. Su incapacidad para comprender el mundo que le rodea, le empuja ineludiblemente a la rebelión y al odio contra todo lo que no es él mismo, de ahí que Ortega pueda decir que la masa odia a muerte todo lo que no es ella¹².

⁸ *Idem.*

⁹ IV, 435.

¹⁰ Julián Marías nos recuerda por ejemplo en su artículo “Prosaísmo” que ésta es una característica de algunas personas que destacan por su falta de deseo y su cerrazón ante el futuro, su estrechamiento de la visión, por su vida alicorta y sin ambición, pero no una ambición de poseer o mandar, sino de ser algo que valga la pena. Ver “Prosaísmo”, en *Tratado sobre la convivencia*. Barcelona: Martínez Roca, 2000, pp. 56-60.

¹¹ No tienen “conciencia histórica” dice Ortega. Un ejemplo que utiliza es el aplicado al fascismo y al bolchevismo, los cuales son revoluciones que no se han planteado corregir los errores y defectos de las revueltas anteriores.

¹² Dice Ortega: “La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo corre riesgo de ser eliminado”, IV, 380.

Las personas necesitan un conocimiento profundo de la historia, hombres que vivan a la altura de los tiempos, mirando hacia el futuro y contando con el pasado, pero a éste no le interesa ni la historia ni los principios de la civilización. Le atraen, más bien, los anestésicos.

En definitiva, el rebelde vive con la técnica, pero no de la técnica; tiene ideas, pero carece de la capacidad de crearlas; vive con la cultura, pero no de la cultura. Afirma Ortega:

La escasez de la cultura intelectual española, esto es, del cultivo o ejercicio disciplinado del intelecto, se manifiesta, no en que se sepa más o menos, sino en la habitual falta de cautela y cuidados para ajustarse a la verdad que suelen mostrar los que hablan o escriben. No, pues, en que se acierte o no –la verdad no está en nuestra mano–, sino en la falta de escrúpulo que lleva a no cumplir los requisitos elementales para acertar¹³.

El bárbaro quiere hacer ciencia al margen de la verdad, moral sin contar con el bien o arte despreciando la belleza y ello Ortega lo califica como barbarie. Este personaje destaca por una clara incapacidad para dar razón de sus actuaciones; en él se aprecia una falta de rigor, de precisión y orden intelectual que Ortega resume así: “un hombre que no quiere dar razones, ni quiere tener razón, sino que se muestra resuelto a imponer sus opiniones”¹⁴. En definitiva, es un ser hermético en el diálogo con sus contemporáneos así como con los antepasados que nos han legado la historia.

Frente a este primitivo rebelde podríamos destacar la figura del asceta. Dice Ortega: “Son los hombres selectos, los nobles, los únicos activos y no sólo reactivos, para quienes vivir es una perpetua tensión, un incesante entrenamiento. Entrenamiento = *áskeis*. Son los ascetas”¹⁵. Los deportistas son los ascetas por excelencia en este contexto, una figura que sirve de contrapunto al primitivo que se ha descrito. En el deportista se aprecia una vida regida por principios, por un rigor y por un orden que le permite alcanzar sus objetivos, pues de lo contrario es imposible. Se puede decir que es una persona disciplinada cuyos logros se atienen a unas normas. Ahora bien, más que todo eso el asceta se caracterizará por mantener una fuerte tensión vital, una vitalidad desbordante. No puede vivir en el hermetismo, más bien sus logros se deben a un trabajo en equipo, pues siempre necesitan de acompañamiento y de consejo, lo que permite destacar su capacidad para estar abierto a los demás y a la tradición de los que le han precedido.

¹³ IV, 418.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ IV, 413.

En su comentario sobre Mirabeau afirma Ortega que un síntoma de buen político es su capacidad para poner orden, pero no por la fuerza, como el rebelde descrito: “Donde llegaba ponía orden, síntoma supremo del gran político. Ponía orden en el buen sentido de la palabra, que excluye como ingredientes normales policía y bayonetas. Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior”¹⁶. De esta misma manera el deportista, y más en nuestro tiempo, influye en la sociedad. Es más un trabajo de sugestión por el ejemplo que de imposición por fuerza.

2.3. Ante la imagen del señorito satisfecho se propone la del hombre magnánimo

Decía Ortega que el señorito satisfecho “es un hombre que ha venido a la vida para hacer lo que le dé la gana. En efecto, esta ilusión se hace el «hijo de familia». Ya sabemos por qué: en el ámbito familiar, todo, hasta los mayores delitos, pueden quedar a la postre impunes”¹⁷. El señorito satisfecho piensa que puede comportarse en cualquier lugar como en casa. Para él nada es fatal o irrevocable, más bien vive en la ausencia de seriedad y la broma.

Un señorito satisfecho es aquel que lo tiene todo y para quien todo son facilidades, encarna perfectamente el “pordioserismo” del que hablaba García Bacca¹⁸. Nunca ve dificultades porque nunca se ha enfrentado a nada. No es consciente de la fragilidad de nuestra vida, se siente suficiente para todo y piensa que no necesita a nadie. Cree tenerlo todo hecho y ése es su gran error¹⁹, pues sólo despertando su capacidad creadora puede el hombre aspirar a lo sublime en un camino que no termina. El mundo humano está en constante progresión, si se piensa acabado se da una involución que lo destruye.

En un artículo publicado en *El Sol* en agosto de 1930 desarrolla también esta figura del hombre masa a partir del uso que se hace en España del automóvil:

¹⁶ IV, 198-199.

¹⁷ IV, 437.

¹⁸ Ver J. D. GARCÍA BACCA, *Curso sistemático de filosofía actual*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1991, pp. 20-21. En sus primeras páginas podemos leer una reflexión entre la vida creadora y la vida pordiosera, la primera se define por comprender el mundo como una materia a transformar, más aún a transustanciar, por otro, el pordiosero se caracteriza no por una acción inventora sino meramente receptora, como el señorito satisfecho.

¹⁹ Afirma Ortega en “El origen deportivo del Estado”: “¡Pobre la vida, falta de elásticos resortes que la hagan pronta al ensayo y al brinco! ¡Triste vida la que inerte deja pasar los instantes, sin exigir que las horas se acerquen vibrantes como espadas!”, IV, 709.

El señorito es la especie de criatura humana más despreciable y estéril que puede haber (...), es el único ente de nuestra categoría zoológica que no *hace* nada, sino que toda su vida le es *hecha*. Incapaz de producir, todas las cosas del mundo, al llegar a él, se convierten en meros dijes y ornamentos, que pone sobre su persona para vanidoso lucimiento²⁰.

El señorito satisfecho encarna perfectamente una característica de la masa en la que Ortega hace mucho hincapié: la beatería de la cultura. En su trabajo sobre el centenario de Kant, el madrileño apuntaba: “Cultura, en su mejor sentido, significa creación de lo que está por hacer, y no adoración de la obra una vez hecha. Toda obra es, frente a la actividad creadora, materia inerte y limitada”²¹. En definitiva, al señorito satisfecho es incapaz de labores creadoras, pero, por otra parte, es un gran adorador de lo ya creado. Es un beato cultural, y de este particular comportamiento afirma Ortega en “Un libro sobre Platón” de 1926:

De todo cabe una beatería. Como la hay religiosa, la hay política. Casi todos los políticos radicales son, sincera o fingidamente, beatos de la democracia. Pues bien, existe una beatería de la cultura. Y es curioso que, donde se quiera, se presenta la beatería con idéntico repertorio: tendencia al deliquio y al aspaviento, posturas de ojos en blanco, gesto de desolación irremediable ante el escéptico²².

Ante el beato de la política hay que plantear la figura de un político magnánimo. Frente a imitadores y adoradores de lo ya establecido, de lo creado, la persona ejemplar debería destacar por su capacidad creadora, por su inquietud ante lo que le rodea. La diferencia entre el hombre selecto y el vulgar reside principalmente en que el primero “se exige mucho a sí mismo, y éste, el que no se exige nada, sino que se contenta con lo que es y está encantado consigo”²³.

El señorito satisfecho es el perfecto pusilánime, de ahí que el hombre magnánimo sea su opuesto más claro:

El magnánimo y el pusilánime pertenecen a especies diversas; vivir es para uno y otro una operación de sentido divergente y, en consecuencia, llevan dentro de sí dos perspectivas morales contradictorias.

(...) El magnánimo es un hombre que tiene misión creadora: vivir y ser es para él hacer grandes cosas, producir obras de gran calibre. El pusilánime, en

²⁰ “La moral del automóvil en España”, IV, 320.

²¹ “Reflexiones de centenario (1724-1924)”, IV, 268.

²² “Un libro sobre Platón”, IV, 20.

²³ *La rebelión de las masas*, IV, 411.

cambio, carece de misión; vivir es para él simplemente existir él, conservarse, andar entre las cosas que están ya ahí, hechas por otros (...). El pusilánime, por sí, no *tiene* nada que hacer: carece de proyectos y de afán riguroso de ejecución. De suerte que, no habiendo en su interior “destino”, forzosidad congénita de crear, de derramarse en obras, sólo actúa movido por intereses subjetivos –el placer y el dolor. Busca el placer y evita el dolor²⁴.

2.4. Ante la imagen del científico especialista se propone la del sabio humanista

El científico especialista es la encarnación de la vanidad por excelencia. El hombre de ciencia especializado se siente perfecto y muestra su vanidad sin reparos buscando el reconocimiento de los demás para confirmar la idea que tiene de sí mismo. El hombre masa del que habla Ortega no es estúpido, sino que es más inteligente que cualquier hombre masa de la historia, ahora bien, “esa capacidad no le sirve de nada; en rigor, la vaga sensación de poseerla le sirve sólo para cerrarse más en sí y no usarla”²⁵.

El científico especialista sólo conoce una pequeña parcela de la realidad sin tener en cuenta la totalidad. Cree estar generando las posibilidades del mundo y piensa que sabe de todo, creyendo tener palabra en todos los ámbitos de la vida en base a los conocimientos de su pequeña parcela. El resultado de esto son las mayores barbaries de la humanidad. El hombre de ciencia ha ido reclusándose en un campo de acción cada vez más pequeño, la especialidad desaloja la cultura integral, muestra desdén por el conjunto del saber, sabe muy bien su rincón del universo, pero ignora el resto. Es un sabio ignorante que acaba comportándose como si supiera en cualquier ámbito. Esa especialidad lo hace hermético y satisfecho dentro de su limitación, provocando una actitud dogmática y eliminando toda posibilidad de crítica.

La ciencia moderna ha provocado una generalización progresiva y, a la vez que reducía su órbita de trabajo, ha perdido contacto con otros ámbitos del saber, desintegrándose así la perspectiva integral del Universo. Los científicos en lugar de mantener el contacto con otros intelectuales y establecer lazos interdisciplinarios se desentienden del resto del contexto humano y cultural, lo que lleva a la forma más refinada de hombre masa, pero por su refinamiento, también la más degradada.

El sabio humanista, por otra parte, posee grandes conocimientos, pero no se caracteriza por ser un simple especialista, posee, como dijo Ortega en

²⁴ *Mirabeau o el político*, IV, 200-201.

²⁵ *La rebelión de las masas*, IV, 416.

Misión de la Universidad, un talento integrador²⁶ que rompe con las particularidades típicas del científico y permite al investigador trabajar por un proyecto más amplio. La Facultad de Cultura que Ortega deseaba poner en marcha en Madrid tenía como objetivo principal esta renovación de los científicos²⁷.

Gregorio Marañón, en un breve ensayo llamado “Enciclopedismo y Humanismo” siguiendo la línea de Ortega afirma que el hombre de ciencia es necesario que sea un humanista más que un mero científico, de lo contrario pierde el sentido universal que deben tener sus conocimientos. Dicho sentido universal:

le lleva, aunque parezca paradójico, a la humildad: porque sólo cuando ese sentido universal se posee se saben dos cosas fundamentales: que el hallazgo corriente, el de todos los días, es sólo un grano de arena anónimo en el templo infinito y eternamente inacabado del saber. Y que el mismo hallazgo trascendente, el que ocurre una vez cada siglo, es hijo del genio y de una madre más desconocida y mal dotada: la Circunstancia. De la circunstancia, que no es esposa legítima, sino la hembra que se encuentra al azar, y, que, muchas veces, sin saberlo ni él ni ella, queda fecundada. El padre genial, pues, no tiene derecho a enorgullecerse por completo de su prole²⁸.

De forma esquemática la propuesta quedaría así:

Figuras de hombre masa	Figuras de vida ejemplar
Niño mimado	Herederero responsable y solidario
Primitivo rebelde o bárbaro	Asceta abierto al mundo y a los demás
Señorito satisfecho	Hombre magnánimo
Científico especialista	Sabio humanista

²⁶ IV, 562.

²⁷ En *Misión de la Universidad* intenta explicar cómo se concretaría esa enseñanza necesaria que debería exigírsele a todo científico: “En la Facultad de Cultura no se explicaría Física según ésta se presenta a quien va a ser de por vida un investigador fisicomatemático. La Física de la Cultura es la rigurosa síntesis ideológica de la figura y funcionamiento del cosmos material, según éstas resultan de la investigación física hecha hasta el día. Además, esa disciplina expondrá en qué consiste el modo de conocimiento que emplea el físico para llegar a su portentosa construcción, lo cual obliga a aclarar y analizar los principios de la Física y a escorzar breve, pero muy estrictamente, su evolución histórica. Esto último permitirá al estudiante darse clara cuenta de lo que era el «mundo» hacia el cual vivía el hombre de ayer y de anteayer, o de hace mil años, y, por contraste, cobrar conciencia plena de la peculiaridad de nuestro «mundo» actual”, IV, 559.

²⁸ G. MARAÑÓN, “Enciclopedismo y Humanismo”, en *Vocación y Ética*. Madrid: Espasa, 1961, pp. 148-149.

3. Hacia una lectura actual de las propuestas de Ortega

Veamos ahora cómo podemos llevar el esquema anterior a la ejemplaridad política. Partamos de la definición de política que Ortega ofrece en *Mirabeau* y que podría caracterizarse por su perenne validez en el contexto de su obra: “política es tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación”²⁹. De aquí se pueden extraer las dos directrices principales que deben regir la buena acción política:

a. Poner en práctica una higiene de los ideales para obtener dichas ideas claras. Es decir, aspirar a llevar a cabo proyectos realizables y que partan de la realidad de la nación. No se puede sustituir la realidad por imágenes deseadas³⁰, pues esto no lleva más que a la desilusión. Más que moldeable a nuestros deseos el mundo es sólido y el margen para llevar a cabo nuestros deseos es escaso. Dice Ortega: “Estos nuevos ideales se extraen de la Naturaleza y no de nuestra cabeza: son mucho más ricos de contenido que los píos deseos”³¹. El buen político no debe perder nunca de vista la realidad de la sociedad a la que sirve, no puede exigirle más de lo que puede dar, pero tampoco menos. Es necesario que tenga suficiente “intuición histórica”³² para llevar a su comunidad hacia su plenitud y no hacia su degradación.

b. Llevar una adecuada acción desde el Estado hacia la Nación, la cual debe estar regida por una clara primacía de las personas frente al Estado. En un contexto como el de *Mirabeau o el político*, podemos identificar Nación con el conjunto de personas que viven bajo el aparato de un Estado. Por ello puede decir Ortega que “el Estado no es más que una máquina situada dentro de la nación para servir a ésta”³³. Si el pequeño político tiende a olvidarse de esto, el político ejemplar convertirá esta afirmación en principio inquebrantable. El Estado sólo será perfecto en la medida que contribuya a aumentar la vitalidad de los ciudadanos, esto medirá su grandeza. Quizá el texto que mejor expresa esta idea sea el siguiente:

²⁹ IV, 217.

³⁰ Afirma Ortega: “no creo posible la salvación de Europa si no se decide la humanidad de Occidente, perforando todos los prejuicios y remilgos de una vieja civilización, a buscar el contacto inmediato con la más nuda realidad de la vida, es decir, a aceptar ésta íntegramente en todas sus condiciones”, IV, 216.

³¹ IV, 196.

³² Es precisamente el concepto de “intuición histórica” al que se refiere Ortega cuando quiere hablar de la necesaria inteligencia que necesita un político. “Conviene dar nombre a esa forma de intelectualidad que es ingrediente esencial del político. Llamémosla intuición histórica”, IV, 222.

³³ IV, 217.

En definitiva, quien vive es la nación. El Estado mismo, que tan fecundamente puede actuar sobre ella, se nutre, a la larga, de sus jugos. La gran política se reduce a situar el cuerpo nacional en forma que pueda *fare da se*. Ya veremos, cuando pase algún tiempo, el resultado de esas soluciones que se proponen lo contrario: suspender toda espontaneidad nacional e intentar *fare dallo Stato*, vivir desde el Estado³⁴.

Para Ortega éste es el significado más genuino del liberalismo, la primacía de las personas, como bien explicó en “Ideas de los castillos”³⁵.

Es obvio que Ortega lanza estas ideas en el contexto de los años veinte del siglo pasado, y en su horizonte no existen más que los totalitarismos propios de la época. Pero, ¿acaso no son estos dos principios válidos también para una política ejemplar en el siglo XXI? No cabe duda alguna. Contando con ellos y teniendo en cuenta las figuras de vida elevada que se han presentado anteriormente, veamos cómo podríamos elaborar, partiendo de Ortega, una imagen del político ejemplar a la altura de los tiempos.

En primer lugar, veremos cómo concibe Ortega al político ejemplar de su época, para lo que recurriremos a su distinción entre gran político y político vulgar. En un segundo momento, atenderemos al giro que Ortega confiere a la figura del gran político a partir de las características del intelectual. Finalmente, a partir de las figuras de vida buena que se han planteado anteriormente, se buscará una renovada imagen del gran político para los tiempos que corren.

En los años veinte del siglo pasado se plantea Ortega cuáles son las características de un gran político frente a un político vulgar³⁶, lo que podría resumirse de la siguiente manera:

³⁴ IV, p. 218.

³⁵ En *El Espectador V*, “Notas del vago estío”, II, 531-565. Encontramos fragmentos tan significativos como el que sigue a propósito de la concepción del Estado moderno frente al medieval: “Un hombre de hoy no es nada –no tiene derechos ni calidades– si no es ciudadano de un Estado. Pero el Estado es una colectividad previa a cada individuo. «Los demás» nos preceden como una condición de nuestra existencia jurídica, moral y social. El extracto primario de nuestro ser es, pues, un tejido hecho de colectividad (...). El señor medieval, por el contrario, no conocía propiamente el Estado. Poseía derechos desde su nacimiento o los ganaba con su puño. Estos derechos le atañían por ser él quien era y previamente a todo reconocimiento por parte de una autoridad. Era el derecho adscrito a la persona, el privilegio. La vida pública era, en rigor, vida privada. El Estado resultaba secundariamente como un entrecruzamiento de relaciones personales”, II, 539.

³⁶ Ver *Mirabeau o el político*, II, 209 y ss.

Gran político	Político vulgar
Impulsividad: se cuestiona los actos después de llevarlos a cabo. Vivir es más hacer que pensar.	Reflexividad: la acción reflexiva le incapacita para actuar, retrasa sus acciones o las evita.
Activismo: necesita constantemente la acción. Se puede decir que tiene una vida “ejecutiva”.	Intelectualidad: no siente la necesidad de acción, ésta le aparece como una perturbación y sólo la afronta si es forzosa. El intelectual de pura cepa no necesita de nada ni de nadie, es un microcosmos.

A partir de esta distinción, inicia Ortega una revisión de la imagen del gran político al compararla con la del intelectual, pues advierte que no parece razonable que entre ambas figuras exista una fuerte disyunción. Contrapone Ortega el político al intelectual y ello le permite profundizar en la imagen del primero:

Gran político	Gran intelectual
Extrovertido (no tiene vida interior, está vertido hacia fuera, su vida es su obra).	Introvertido (vive una vida interior al margen de los demás).
Cierta afición por la mentira.	Esfuerzo continuo por pensar la verdad.
Sólo percibe de las cosas su facción utilizable. Todo lo ve en forma de asa, todo son instrumentos.	Penetra en la realidad con la voluntad de conectar con su ser más íntimo, más allá de la pura utilidad.

“Impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, pobreza de intimidad, dureza de piel, son las condiciones orgánicas, elementales, de un genio político. Es ilusorio querer lo uno sin lo otro, y es, por tanto, injusto imputar al grande hombre como vicios sus imprescindibles ingredientes”³⁷. Este empuje vital que Ortega reconoce como necesario en el gran político es un cierto carácter bárbaro que, al hablar de las ideas que lanzan los castillos, reconoció no sólo necesario en un buen político, sino que es necesario como ingrediente de

³⁷ IV, 215.

cualquier vida que aspire a ser creadora de cultura. Es un cierto carácter beligerante³⁸ que brota de un pequeño fondo de barbarie que posibilita tanto los actos creadores como los regeneradores. Si este fondo bárbaro se seca, se seca la cultura, algo que podría aplicarse a los grandes órdenes de ésta: ciencia, moral, arte, política, etc. Afirma el madrileño:

la actitud más perfecta consiste en que el hombre culto conserve vivaz cierto fondo de barbarie, como es, sin duda, lo mejor que el hombre maduro mantenga perviviente en su persona cierto manantial de juventud y aun de niñez. (...). El progreso no consiste en aniquilar hoy el ayer, sino, al revés, en conservar aquella esencia del ayer que tuvo la virtud de crear ese hoy mejor³⁹.

Si parece que el carácter del gran político queda bien justificado por Ortega a través de estas afirmaciones, Ortega no se conforma con esta descripción de su carácter y su comparación con el intelectual. A la sociedad de su tiempo le propone una imagen del gran político atemperada por la del intelectual, pues entiende como necesario un contrapeso que oriente esa fuerza vital, en cierto modo bárbara, que debe tener un gran político. Éste no podrá serlo

si no ha tenido la revelación de lo que con el Estado hay que hacer en una nación. Ahora bien; esta clarividencia es obra del intelecto, y parece, por tanto, ilusorio creer que el político puede serlo sin ser, a la vez, en no escasa medida, intelectual.

Esta nota de intelectualidad que, como un fuego de San Telmo, corona la enérgica figura del hombre de acción, es, a mi juicio, el síntoma que distingue al político egregio del vulgar⁴⁰.

Si Ortega exige, pues, a los grandes políticos de su época una cierta dosis de intelectualidad, ¿qué podemos exigirles además en nuestro tiempo? ¿Qué aportaciones podrían hacerse a la figura de gran político que heredamos de Ortega? ¿Cómo podríamos actualizarla desde su misma filosofía? Si Ortega advertía la llegada de una nueva era política donde los grandes políticos tendrían que compensar su naturaleza con una cierta dosis de cultura intelectual,

³⁸ Teniendo en cuenta las ideas que lanzan los castillos, afirma Ortega que: "el castillo supone la guerra cotidiana, la vida como beligerancia", II, 544. Frase que se debe interpretar en el contexto de defensa del liberalismo que presenta en "Notas del vago estío", donde pretende iluminar la realidad industrial y moderna a partir de la Edad Media donde los castillos potenciaban un estilo de vida en continuo estado de alerta.

³⁹ II, 544.

⁴⁰ IV, 219.

los estados democráticos actuales exigen además nuevas concreciones en la propuesta de Ortega.

La propuesta de este breve ensayo es que dicha figura del gran político se puede completar con las figuras presentadas en el segundo apartado de este trabajo, de manera que podamos situar la imagen del gran político o político ejemplar a la altura de los tiempos. Si en el tiempo de Ortega quizá no se viera razonable exigir un alto nivel moral a los políticos, en los tiempos que corren diremos no sólo que es posible sino que es necesario. Es éste, sin lugar a dudas, un modo de dignificar la política. ¿Qué pueden aportar las figuras de vida buena propuestas anteriormente a la imagen del político?

Ante los políticos que todo lo ven desde un punto de vista utilitario es preciso defender una visión de la política que no se concentre primordialmente en la utilidad. Más bien, debe ser un experto conocedor del valor de lo que le rodea, del valor que las cosas tienen y de la dignidad que cada una de las personas poseen⁴¹. En este aspecto tiene mucho que aportar la figura moral del heredero responsable, pues éste, más que usar la herencia que recibe, sabe valorarla en profundidad y da gracias por todo ello. Se reconoce como una persona que necesita de los demás y los trata como iguales, por ello no trata a los otros como objetos útiles, más bien cuenta con todos reconociendo su insustituible lugar en el mundo.

Ante los políticos aficionados a la mentira es preciso defender una visión de la política cuyo centro sea la veracidad. Julián Marías afirmaba que se podía vivir “al margen de la verdad” y “contra la verdad”⁴²; estas formas que podrían ser bien valoradas por el gran político que Ortega nos describe a principios del siglo XX, deben dejar paso a una forma de vivir que destaque por vivir “en el horizonte de la verdad”. Deberían tener muy presente los políticos actuales la figura del sabio humanista, quien, desde el conocimiento amplio del ser humano, la conexión entre los diferentes saberes, la búsqueda incesante de la verdad y el rechazo de visiones particularistas de la realidad social y cultural podrían dignificar la política actual. De una sociedad como la nuestra, donde se ha generalizado el uso de la mentira⁴³ y destaca la falsedad del ambiente⁴⁴

⁴¹ La distinción entre el valor tanto de las cosas como de los animales y la dignidad de las personas es un aspecto en el que conviene insistir. Así lo presenta Adela Cortina en su trabajo A. CORTINA, *Las fronteras de la persona. El valor de los animales, la dignidad de los humanos*. Madrid: Taurus, 2009.

⁴² Ver J. MARÍAS, *Introducción a la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1947.

⁴³ Es interesante la cantidad de artículos en los que Marías denuncia una ocultación de la verdad especialmente en el mundo de la política, por ejemplo “La verdad y su anulación”, en J. MARÍAS, *El curso del tiempo 2*. Madrid: Alianza, 1998.

⁴⁴ Sobre el concepto de “falsedad ambiente” ver de Julián Marías “La falsedad ambiente”, en J. MARÍAS, *El curso del tiempo 2*. Madrid: Alianza, 1998.

político, no se puede esperar menos que el político ejemplar tome cartas en el asunto. Podríamos decir que si Ortega afirmaba que la claridad es la cortesía del filósofo, la autenticidad y la verdad deben ser la carta de presentación de un político a la altura del siglo XXI.

Ante los políticos puramente activistas que no dedican el tiempo suficiente a mesurar las consecuencias de sus actos puede ofrecerse la imagen de un político magnánimo. Insistía Ortega en la necesidad de compensar la actividad con la intelectualidad; ahora bien, cabe decir que además de un significativo nivel intelectual es necesario un alto grado de magnanimidad. La persona que desborda magnanimidad tiene una misión creadora, idea grandes proyectos⁴⁵, no actúa sin orientación, se exige mucho a sí mismo y es capaz de realizar grandes sacrificios en favor de los otros, pues su proyecto no es seguir sus propios intereses, sino más bien buscar el bien común que permita la plena realización de los miembros de la comunidad que gobierna.

Por último, podríamos insistir en ese carácter extrovertido que el gran político debe tener y que Ortega sabe valorar. Es necesario revalorizar la importancia de esta extroversión propia del político, es necesaria una vida entregada a la nación, especialmente en el contexto democrático actual donde los políticos pueden dedicar tan sólo unos años de su vida a este trabajo para después volver a sus obligaciones laborales propias. Ahora bien, una entrega decidida a un proyecto nacional es imposible si primero no se es dueño de sí mismo. En primer lugar, los políticos deben destacar por su dominio de sí, de lo contrario no podrán acometer con diligencia la tarea de gobernar una nación. Sin el dominio de uno mismo, el trabajo de gobierno degenerará rápidamente y la política servirá a una serie de intereses particulares, a intereses de grupos de presión, o a intereses que están lejos del bien común. La ausencia de criterio y de señorío llevará al político a depender y obedecer otros criterios que se crucen en su camino, los cuales le ofrecerán una serie de beneficios personales difíciles de rechazar si no se ha preparado para ello. En este sentido no está de más que el político se detenga a analizar los beneficios de aquella figura moral que hemos llamado asceta o deportista abierto al mundo y a los demás. El político ejemplar debe poseer unos principios, un orden y un rigor que permitan a los ciudadanos saber a qué atenerse, pero ello no implica que deba actuar en solitario, más bien debe estar atento a lo que la ciudadanía demanda, tener una gran capacidad de escucha, pero también exige tener una gran capacidad para

⁴⁵ En estos días, el mismo expresidente del Gobierno de España, Felipe González, llamaba la atención sobre la ausencia de un proyecto de nación que impulsase la regeneración de la vida política española. Pueden consultarse sus declaraciones en el periódico *La Vanguardia* del día 2 de octubre de 2014: <http://www.lavanguardia.com/politica/20141002/54416551567/felipe-gonzalez-pide-gobierno-movimiento-politico-solucionar-problema-catalan.html>.

transmitir sus ideas y dar explicaciones con palabras y con hechos. Toda la persona del político debe ser sugestiva; de la misma manera que el deportista es capaz de suscitar en las personas una gran atracción, también el político es deseable que la posea para poder ejercer sobre los ciudadanos esa autoridad que con Weber llamaríamos carismática⁴⁶. Por último, debe mostrar a la ciudadanía un cierto “espíritu guerrero”⁴⁷ que desborda vitalidad y ánimo de superación, un carácter que busque provocar en la ciudadanía un cierto asombro a la vez que incite al cambio y a la búsqueda de lo mejor de uno mismo.

A modo de resumen, la propuesta quedaría de la siguiente manera:

Características del gran político orteguiano		Político ejemplar para el tiempo actual
Utilitarismo.	Estas características deben desaparecer en favor de...	Heredero responsable y solidario.
Afán por la mentira.		Sabio humanista.
Puro activismo.	Estas características deben matizarse con...	Magnanimidad.
Carácter extrovertido.		Asceta abierto al mundo y a los demás.

4. Conclusiones

En primer lugar, cabría preguntarse: ¿estamos hablando en este trabajo de una cierta ejemplaridad política o son unos planteamientos dirigidos a toda la ciudadanía? Parece que Ortega no entiende una reforma política que no implique en primer lugar elevar el nivel moral de la ciudadanía, de ahí que estas indicaciones pueden entenderse para todo ciudadano, siempre buscando lo mejor que puede dar cada individuo de sí mismo salvando las barreras que la naturaleza nos ha impuesto a cada uno, buscando la plenitud de su significa-

⁴⁶ Ver “La política como vocación”, en M. WEBER, *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 2005, pp. 81-180.

⁴⁷ En su trabajo “Notas del vago estío” encontramos una interesante comparación entre el espíritu guerrero medieval y el espíritu industrial. Según Ortega, el espíritu guerrero se caracteriza por un sentimiento de confianza en sí mismo y en el mundo que nos rodea; ante el dolor y el peligro el guerrero no duda, cuenta con ello y se lanza a su encuentro. Por otra parte, los hombres con un espíritu industrial se caracterizan por hacer todo lo posible por no perder la vida, desean vivir a toda costa y no admiten que la muerte es el atributo esencial de la vida, reducen la vida a su mínima expresión alargándola pero perdiendo su intensidad. Ver II, 546.

do⁴⁸. Una reforma que no parta de abajo, desde el sustrato ciudadano, parece que no dará fruto según el pensamiento de Ortega.

En segundo lugar, la ejemplaridad ética por sí misma tiene una energía creadora que no debe desaprovecharse, puede crear sociedad regenerando confianza, puede unir a los ciudadanos sin necesidad de utilizar la fuerza. ¿No quedan personas que hoy puedan llevar a cabo proyectos ilusionantes? ¿Es posible que casi cien años después continuemos afirmando que vivimos en “ausencia de los mejores”? ¿No nos han proporcionado la educación, la técnica o, en general, las sociedades del Bienestar, nuevas posibilidades humanas? ¿Seguimos progresando técnicamente a velocidad vertiginosa mientras que aspectos éticos fundamentales continúan descuidados? En una sociedad donde parece que se ha renunciado a hablar de ética, ¿cómo puede hablarse de ejemplaridad política? ¿Cómo puede elevarse el nivel moral de los ciudadanos si, por ejemplo, lo único importante para pasar la etapa de educación primaria en la actualidad es ser competentes en lengua, matemáticas y ciencias?

En tercer lugar, el objetivo principal de Ortega en la primera mitad del siglo XX fue la revitalización de su sociedad y esta idea no implica sólo aumentar el ánimo y la ilusión, supone específicamente hacer que la cultura sea vital⁴⁹. La política debe conectarse con la vida, debe partir de la realidad de los ciudadanos y de sus inquietudes, lo que exige un mayor conocimiento por parte de los políticos de la realidad ciudadana. Se entiende así que más que un nuevo sistema político insista Ortega en una revitalización de la política. Como hace casi cien años, también se observa hoy una cierta falta de vitalidad en el mundo político. Si queremos una política más auténtica, ésta pasa por potenciar en los ciudadanos una vida ascendente y no descendente, la cual revertirá en el plano político. Recordemos las palabras de Ortega en “El Quijote en la escuela”:

Hay quien siente brotar su actuación espiritual de un torrente pleno de energía, que no percibe su propia limitación, que parece saturado de sí mismo. Todo esto nace en almas de este tipo con la plenitud magnánima de un lujo, como un rebosamiento de la interna abundancia. En este clima vital no se dan, por lo menos con carácter normal, las envidias, los pequeños rencores y resentimientos. Hay, por el contrario, en otros hombres un pulso vital descen-

⁴⁸ Se alude aquí a *Meditaciones del Quijote* cuando Ortega dice: “Hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla, para que logre esa su plenitud. Esto es amor –el amor a la perfección de lo amado”, I, 747.

⁴⁹ Ver *El tema de nuestro tiempo*, III, 584.

dente, una constante impresión de debilidad constitutiva, de insuficiencia, de desconfianza en sí mismos⁵⁰.

La superación de la crisis pasa por potenciar un pulso vital general ascendente, lleno de confianza en nuestras posibilidades, pero también lleno de humildad necesaria para reconocer que la política es un trabajo común, no de personas idolatradas. “Gravedad”, “holgura” y “sosiego”, utilizando palabras de Marías, serían tres características muy deseables para la vida política⁵¹.

Una cuarta conclusión consistiría en que, pese a que se ha hablado mucho y en ocasiones mal del elitismo de Ortega, no cabe duda de la necesidad de éste también en la actualidad. Ahora bien, dicho elitismo es eminentemente moral. La naturaleza no nos proporciona a todos idénticas capacidades y el desarrollo que cada uno hace de las que posee tampoco es igual. Sánchez Cámara, en los años ochenta publicó una obra sobre la distinción entre minoría y masa para ver si ésta era aprovechable en la incipiente democracia española. A propósito de este tema afirmó: “La jerarquía intelectual y moral no implica la negación del reconocimiento de la igual dignidad humana. La supremacía significa, para Ortega, ante todo, mayor exigencia, mayor servicio”⁵². O dicho por Ortega en *La redención de las provincias*:

No se le dé vueltas: de calidad superior sólo es el hombre que se siente irresistiblemente atraído por la delicia de creaciones objetivas. No le divierte más que eso. Va a la ciencia porque siente una voluptuosidad indecible en pensar sobre tal o cual problema teórico y hallar su solución. Va a las letras o a la industria por una necesidad ineludible de crear, de producir, de hacer cosas que se tengan en pie. El hombre inferior no siente esta inexorable atracción hacia lo objetivo, sino que piensa sólo en su persona. Si va a la ciencia, a la industria, no es a crear por crear, sino a fingir la creación para figurar él⁵³.

Teniendo en cuenta estos textos no es extraño que un autor como Javier Gomá en su libro *Ejemplaridad pública* nos invite, teniendo presente a Ortega, a

⁵⁰ “El Quijote en la escuela”, II, 416.

⁵¹ Ver J. MARÍAS, “Tres palabras”, en *Entre dos siglos*. Madrid: Alianza Editorial, 2002, p. 204. En este pequeño artículo, Marías explica brevemente la importancia social de vivir estas tres palabras. La gravedad entraña sentir la seriedad de lo real, de la vida en su conjunto. La holgura se contrapone a la angostura, al innecesario rigor, al envaramiento, a la cicatería. Por último, el sosiego es la calma, el equilibrio, el dominio de uno mismo en cualquier situación.

⁵² I. SÁNCHEZ CÁMARA, *La teoría de la minoría selecta en el pensamiento de Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos, 1986, p. 221.

⁵³ *La redención de las provincias y la decencia nacional*, IV, 685-686.

una ejemplaridad igualitaria⁵⁴, la cual podría considerarse una propuesta renovada, especialmente en su terminología, respecto a la de Ortega, pero conservando en el fondo gran parte de la de éste.

En quinto lugar, en nuestras comunidades es necesario despertar la humildad suficiente para saber reconocer lo noble que otros pueden aportarnos. Como nos recuerda Ortega, es posible que el gran enemigo de la gran política no sea más que la autosuficiencia, y ésta a todos los niveles (personal, nacional, continental, etc.); no querer, en definitiva, recibir nada de los otros. Pero la sociedad real nos muestra lo contrario, todos desean seguir la estela de personas ejemplares y de hecho lo han hecho ahora y siempre, pero se necesita humildad para reconocerlo. Especialmente en el campo de lo ético es donde más es necesaria esta virtud. Nos puede ser fácil reconocer la valía de un futbolista o un cantante, pero en la ética cuesta mucho reconocer que alguien puede ser mejor que otro. Los modelos éticos denuncian nuestra falta de compromiso, nuestras debilidades más profundas y eso es mucho más que saber o no jugar a ciertos deportes. La humildad y la confianza como fundamento de todo crecimiento moral son claves en los planteamientos de Ortega y es el inicio de una auténtica regeneración ética y política.

Por último, no cabe duda de que en el mundo de la política debe invitarse a lo mejor. Julián Marías nos ha dejado algunos artículos muy explícitos en torno a la responsabilidad de los que mandan⁵⁵ y su obligación de aspirar a lo mejor⁵⁶. Ortega ya insistió en *España invertebrada* en que debemos entusiasmarnos con lo óptimo, pues caben dos formas de hacer las cosas: una mejor y otra peor⁵⁷. Marías ha desarrollado extraordinariamente este detalle del libro de Ortega y ha configurado una propuesta ética en torno a él con su *Tratado de lo mejor*. Ahora

⁵⁴ Algunos de los rasgos principales de esta propuesta son los siguientes: todos podemos ser ejemplo para todos, conociendo nuestra influencia moral debemos desterrar la vulgaridad que preside nuestras sociedades, el ejemplo tiene capacidad de persuadir por sí mismo y sacudir las malas conciencias, esta ejemplaridad ofrece una verdad narrativa que moviliza a la audiencia y genera un cuerpo de buenas costumbres, etc. Ver J. GOMÁ, *Ejemplaridad pública*. Madrid: Taurus, 2009, pp. 213-238. Se puede ver también el artículo que publicó dicho autor en el suplemento *Cultura/s* en *La Vanguardia* (16 de octubre de 2013), donde reflexiona sobre la ejemplaridad desde puntos de vista diferentes como el político, estético, legal, etc.

⁵⁵ Ver su artículo "El peso de la responsabilidad", en *Entre dos siglos*. Madrid: Alianza Editorial, 2002, pp. 215-218.

⁵⁶ Ver "Invitación a lo mejor", en *Entre dos siglos*. Madrid: Alianza Editorial, 2002, pp. 279-282. En este texto dice Marías: "En la política, en la vida económica, en la rivalidad en cualquier orden, hay que salvar la tendencia hacia lo mejor. Hay que desear que el prójimo a quien se combate, a quien se procura superar, sea «estimable». Si esto se consigue, la convivencia, que puede ser áspera, esforzada, dura, no pierde su condición sustancial de *convivencia*. Si esto desaparece, queda la discordia, que es perniciosa para todos y desemboca inevitablemente en la esterilidad y el desastre" (p. 280).

⁵⁷ Ver *España Invertebrada*, III, 490.

bien, no podemos esperar que los políticos tomen en serio estas propuestas si la ciudadanía no las valora. Una vez más debe insistirse en que no habrá superación de la crisis si no se eleva el nivel moral medio de la sociedad.

En la actualidad, contando con los medios existentes, no debería ser tan difícil que personas ejemplares pudiesen llegar a cargos políticos de peso, pero ¿está preparado nuestro sistema político para acoger en los puestos de mayor relevancia a personas moralmente ejemplares? Difícilmente se puede responder de forma afirmativa; sería necesaria una reforma más profunda del sistema político, lo cual obliga a preguntarse: ¿no estaremos cayendo de nuevo en la magia del “deber ser”⁵⁸ que Ortega denuncia en *España invertebrada*? ●

Fecha de recepción: 18/05/2015

Fecha de aceptación: 11/02/2016

■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CORTINA, A. (2009): *Las fronteras de la persona. El valor de los animales, la dignidad de los humanos*. Madrid: Taurus.
- FRANCO, D. (1980): *España como preocupación*. Barcelona: Argos Vergara.
- GARCÍA BACCA, J. D. (1991): *Curso sistemático de filosofía actual*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- GOMÁ, J. (2009): *Ejemplaridad pública*. Madrid: Taurus.
- LASAGA MEDINA, J. (2005): *Figuras de la vida buena*. Madrid: Enigma Editores.
- LÓPEZ DE LA VIEJA, M. T. (ed.) (1996): *Política de la vitalidad. España invertebrada de José Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos.
- MARAÑÓN, G. (1961): *Vocación y Ética*. Madrid: Espasa.
- MARIAS, J. (1947): *Introducción a la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente.
- (1998): *El curso del tiempo*, 2 vols. Madrid: Alianza.
- (2000): *Tratado sobre la convivencia*. Barcelona: Martínez Roca.
- (2002): *Entre dos siglos*. Madrid: Alianza.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004-2010): *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset.
- SÁNCHEZ CÁMARA, I. (1986): *La teoría de la minoría selecta en el pensamiento de Ortega y Gasset*. Madrid: Tecnos.
- WEBER, M. (2005): *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

⁵⁸ Ver “La magia del «deber ser»”, III, 486-489.